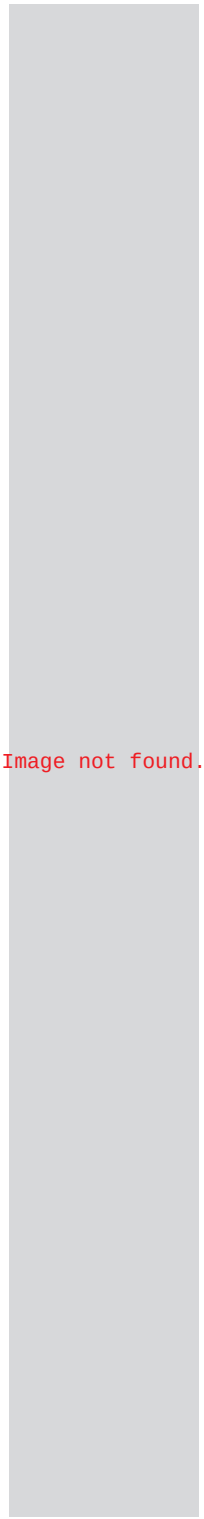
Guiñapo

Alo



Capítulo 1

GUIÑAPO

PESADILLA

"Algo", le había despertado.

Somnoliento entreabrió ligeramente sus ojos fijando su turbia mirada en aquel espacio vacío.

Nada. Sólo la oscuridad vistiendo de negros y grises cendales la desnuda pared de su habitación.

En la casa reinaba ese sutil silencio poblado de acústicas y ensoñadoras repercusiones sin cuyo constante y aletargado resonar confundiríamos el sueño con la muerte. El inexorable y acompasado avance del tiempo reflejado en el tic-tac del viejo reloj del salón, el silbido del viento en el exterior, la suave respiración de su mujer que plácidamente dormía a su lado... todo, se dijo así mismo, estaba bien.

Amodorrado se revolvió terminando de acomodar su columna al colchón.

En el interior de la tenue y tibia penumbra que lo cobijaba, por un instante las sombras crepitaron. Enredada en las ramas del vecino árbol, tratando de zafarse, una solitaria ráfaga de viento sacudió salvajemente las ramas fundiéndolas en un onírico y furibundo abrazo hasta que, nuevamente, alargadas y retorcidas, las sombras jalonaron con negros y profundos crespones la pared de su habitación, rielando hipnóticamente en su superficie, arrullándolo.

Vencido por el sueño, lentamente, comenzó a cerrar sus párpados... cuando...

Otra vez. Esa especie de gutural desgarro a medias susurrado.

Molesto se agitó farfullando algo ininteligible en sueños, sacudiéndose inquieto. De repente hacía mucha calor. Enredada en sus piernas, la fina sábana que lo cubría terminó en el suelo mientras él, girando sobre su costado, de cabeza, volvía a zambullirse en las ahora cálidas y pegajosas brumas del sueño, pero...

...conteniendo la respiración, de golpe, abrió los ojos asustado.

Esta vez lo había oído bien, nítido y muy claro. Un rugido.

Una súbita descarga recorrió todo su cuerpo despertando algo muy primitivo que se hallaba dormido ahí dentro, en su estómago, en sus intestinos, en sus riñones tensos y... mucho antes de que su cerebro asimilara lo que le estaba ocurriendo, supo que estaba aterrorizado, supo que tenía miedo.

La oscuridad exhalaba un miasma extraño, fétido, maligno e insano. Las sombras ya no rielaban hipnóticamente, sino que... pérfidamente se arrastraban y reptaban por el suelo y las paredes, congregándose ante sus ojos, perversa y aviesamente.

-¡Oh Dios mio!- susurró sintiendo que su voz se hundía en la profundidad de su garganta y que el grito se negaba a traspasar la gélida mordaza que lo atenazaba.

Intentó levantarse y salir corriendo pero, horrorizado descubrió que no podía moverse que... sus músculos, tensos, engarrotados y obstinados, se negaban a obedecerle.

Y, con la delirante y angustiosa pureza acústica que, en las pesadillas, se sugiere el más acallado e insignificante de los sonidos, sus sensibles oídos captaron no uno, sino dos sones bien distintos.

El primero, un frenético rasgar que su mente no tardó en asociar con la imagen de unas terroríficas garras abriéndose paso hacía él atravesando... sólo Dios sabía... que materia o tejido de pesadilla y... el segundo, mucho más terrible y espeluznante que el primero... un atroz chirriar de huesos, un enloquecedor entrechocar de dientes ávidos y hambrientos.

-No, no, no...- gimoteó jadeando, bañado en un sudor frío, rígido hasta la médula por el miedo.

En el interior del blanco amasijo que formaba la sábana amontonada en el suelo "algo" se agitó en sus entrañas desencadenando en oleadas el horror que, ahora sí, dolorosamente, sintió mellar en sus carnes lacerándole hasta el hueso.

Preso de un terror atávico sintió que su cuerpo se hundía en el colchón y, por unos instantes, tuvo la sensación de que aquella cosa, la sábana, los pies de su cama, se alejaban, se perdían en la distancia... pero... para su desgracia, no era más que una ilusión.

A medida que eso crecía, crecía la tenebrosidad que lo rodeaba haciéndose más que visible, corpórea, tangible. Era una profundidad abisal, una negrura insondable en contraste con el blanco sepulcral de la sábana... cayendo, deslizándose siniestramente al suelo, descubriendo

lentamente, paso a paso, a aquel grotesco engendro.

Y, a pesar de que un intenso dolor frío le desgarraba el hueco de la garganta y que los latidos de su corazón, bombeando el pánico al vacío la atenazaban, gritó... gritó como nunca antes lo había hecho, enloquecido, enfebrecido, aterrorizado, muerto de miedo, contemplando con sus ojos bien abiertos a aquel ser de pesadilla que, entre violentos y espásmodicos movimientos, torpemente avanzaba hacia él erguido, sostenido por unas piernas imposibles e irreales mientras la oscuridad flirteaba con el demencial haz de luz que se filtraba en el interior de su habitación a través de la ventana, opacando e iluminando a regulares intervalos la torcida sonrisa, los desencajados labios, la espantosa hilera de dientes afilados...

Sobrecogedores gritos y aullidos tronaron descerrajando la malsana e inquietante noche en el momento en el que "Guiñapo" lo devoraba... cientos de gargantas que desgarradas de espanto aullaron unidas elevando al cielo una atronadora alegoría a las sombras y su tenebrosidad... a la muerte y las pesadillas... al horror y la perversidad.